

## **0541. El don del Amor**

A todos nos gustan los regalos. Nos gusta recibirlos, como es natural, porque un regalo nos enriquece. Y nos gusta darlos, porque nos llena de placer, ya que *es más feliz el dar que el recibir...*

Pues bien. Vamos a suponer algo irreal, que Dios se nos aparece a cualquiera de nosotros, y nos dice:

*- Te quiero hacer el regalo que me pidas, y seguro que te lo doy. Pide sin miedo.*

¿Cuál es el mayor regalo que le podemos pedir a Dios? Discurramos todo lo que queramos, no llegaremos a pedirle lo que ya nos ha dado, que es el don del Amor por el Espíritu Santo, derramado en nuestros corazones. Nos lo mereció Jesús, y fue lo primero que nos alargó apenas resucitado:

*- ¡Recibid el Espíritu Santo! (Juan 20,22)*

Por Él, tenemos en el corazón el mismo amor que tiene y se tiene Dios. Por Él, amamos a Dios con el mismo amor con que Él se ama y nos ama a nosotros. Por Él, nos amamos los unos a los otros con amor divino. Por Él, estaremos después metidos en la misma felicidad del amor que goza todo un Dios...

Cierto, pidamos a Dios lo que queramos, no le pediremos regalo mayor que el amor. Si queremos, podemos ver esto a contraluz.

Se me ocurre a este propósito lo que Santa Teresa dijo o escribió sobre el demonio.

*-¿Que quién es el demonio? Ese desgraciado que no puede amar.*

No pudo decirlo mejor la querida Doctora de la Iglesia.

Si Dios es amor, lo hace todo por amor, infunde en todos los seres el amor, nos llama al amor, y en el amor quiere consumir nuestra existencia, para que nuestro quehacer eterno sea amar.

Si Dios es y hace todo eso, al perder el demonio la gracia, la unión y la providencia de Dios, no ha podido recibir mayor castigo que verse privado de

la facultad de amar y de ser amado. Al revés, se ha convertido en un ser que sólo puede odiar, que es odiado de todos y que no tendrá otro quehacer eterno más que odiar.

Así, a contraluz, resalta mucho más el don que Dios nos hace a nosotros con el amor.

Para entenderlo, convencernos y gozarnos con ello, seguimos el pensamiento del Catecismo de la Iglesia Católica.

La Biblia da este consejo a cualquiera:

- *No digas nunca: he cometido el pecado, ¿y qué me ha sucedido de malo o de triste?... (Eclesiástico 5,4)*

No lo digas nunca, porque te ha sucedido lo peor que te puede ocurrir. Has perdido a Dios, y con Dios has perdido el Amor. *Dios es amor*, y sin amor que te has quedado...

Menos mal que vino Jesucristo y reparó la hecatombe ocurrida en el paraíso. ¿En qué consistió la redención de Jesucristo? En esto: pagó por nuestros pecados, y, al resucitar, podía devolver a nuestros corazones lo que habíamos perdido. Fue entonces cuando pudo decir: *¡Recibid el Espíritu Santo!*

San Pablo comentará acertadamente:

- *Dios ha derramado el amor en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Romanos 5,5)*

El Amor es el primer regalo de Dios, y un regalo tal que contiene en sí todos los demás regalos que vendrán después, hasta que todos queden ultimados con la Gloria.

Por eso, cantamos nosotros con toda razón y con las palabras de San Pablo:

- *Si yo no tengo amor, yo nada soy, Señor. Y, también otra canción :*

- *Oh Señor, dame tu amor. Lo demás, no vale nada.*

Satanás, ese desgraciado que no puede amar, nos privó del amor por el pecado, pero la comunión que los cristianos establecemos con el Espíritu Santo, nos devuelve en la Iglesia aquella imagen y aquella semejanza que se perdieron en el paraíso. La Iglesia es el nuevo paraíso de los hijos de Dios.

¿Es cierto que por el amor vivimos en el paraíso? Sí, y muy cierto. Porque Jesucristo produce en nosotros por su Espíritu un gozo insospechado. Nos lo dice como nadie el apóstol san Pablo:

- *El fruto del Espíritu que llevamos dentro es caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza (Gálatas 5,20)*

¿Nos atreveríamos a decir que esto no hace la vida grandemente feliz?

El cristiano vive del amor.

Ama a Dios, como él es amado por Dios.

Ama con amor divino a los demás, porque ama con Amor de Espíritu Santo.

Ama el esposo a la esposa y la esposa al esposo, o se aman dos novios, con un amor superior al amor puramente humano, porque se aman con amor de Espíritu Santo, que santifica su mutuo amor.

Ama el cristiano al hombre, a todo hombre, con amor divino, que es lo sumo del amor.

El cristiano, que así cambia la tierra en un paraíso, es arrastrado por el Amor del Espíritu Santo a llamar *¡Padre!* a Dios, *hermano* de Jesucristo, y a sentirse ya *ciudadano* del Reino del Cielo.

Si Dios nos pide que le pidamos un regalo, pidámosle lo que queramos. Pero Él supo adelantarse a darnos lo mejor, aunque nos sigue invitando:

- *¿Qué quieres que te dé?*

Y nosotros sabemos responderle hasta con cierta malicia:

- *Señor, si me das amor, tu amor personal, el Espíritu Santo, lo demás... hasta puedes regalárselo a otro...*